



JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

fundador del Opus Dei

VICEPOSTULACION DEL OPUS DEI EN ESPAÑA. Diego de León, 14. Madrid-6

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España) el 9 de enero de 1902. Cursó el bachillerato en Barbastro y Logroño, y los estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Zaragoza, donde consiguió la licenciatura en Sagrada Teología. Más tarde, en Roma, obtendría el grado de Doctor.

Cursó la carrera de Derecho civil en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró luego en la Universidad de Madrid. En 1960 recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras, por la Universidad de Zaragoza. Fue el primer Gran Canciller de las Universidades de Navarra, en España, y de Piura, en Perú.

Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925, inició su labor pastoral en parroquias rurales y, desde 1927, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas y de los hospitales de Madrid. Algunos años más tarde fue nombrado Rector del Real Patronato de Santa Isabel, también en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1946, cuando trasladó su residencia a Roma.

Fue Consultor de diversas Comisiones Pontificias y Congregaciones de la Santa Sede, Prelado Doméstico de Su Santidad y Miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, había fundado el Opus Dei, camino de santificación en medio del mundo y fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Mons. Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950.

Con oración y penitencia constantes, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de cuarenta y siete años: en la actualidad está extendido a los cinco Continentes, con más de 60.000 socios de 80 nacionalidades.

La Santa Misa era la raíz y el centro de la vida interior del Fundador del Opus Dei. El hondo sentido de su filiación divina le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Mons. Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz —viale Bruno Bouzzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei.

Portada: Mons. Escrivá de Balaguer, después de una tertulia en el Centro de Estudios de Extensão Universitária (São Paulo, Brasil), el 25 de mayo de 1974.

Hablar con Dios

EXCLUIDO
DE PRESTAMO

Jesucristo, hijos míos, nos da ejemplo y nos enseña a hacer oración. Por la mañana, muy de madrugada, salió fuera a un lugar solitario y allí hacía oración (Marc I, 35). Me conmueve esa premura —de madrugada, hace notar San Marcos— para dialogar con el Padre Eterno...

Mons. Escrivá de Balaguer contempla la oración de Jesús, y traslada el ejemplo a su propia vida. En su lucha diaria, fue éste su único afán: buscar un trato íntimo y continuo con Dios nuestro Señor; ser alma contemplativa, alma de oración.

Ha terminado ya su paso aquí en la tierra y, como una constante de su biografía, se descubren aquellos escalones a los que se refiere en *Camino: Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo» (1).*

Fue el Fundador del Opus Dei un sacerdote que siempre hablaba de Dios o hablaba con Dios. Llevó por caminos de oración a millones de almas, con su ejemplo, con su palabra, con sus escritos.

Tú y yo —decía— queremos alcanzar la santidad... Y para eso es necesario que nos identifiquemos con Cristo, que nos revistamos de Cristo: *induimini Dominum Iesum Christum!* (Rom XIII, 14). Todos hemos de ser *ipse Christus*, hijos de mi alma: el mismo Cristo; pero cada uno tiene que ver cómo se pone ese vestido de que habla el Apóstol; cada uno, personalmente, tiene que dialogar con el Señor.

Por tanto, ¿qué haremos tú y yo? Tratar mucho al Señor, buscarle, como Pedro, para tener una conversación íntima con El. Fíjate bien que digo conversación: diálogo de dos, cara a cara, sin esconderse en el anonimato. Necesitamos de esa oración personal, de esa intimidad, de ese trato directo con Dios Nuestro Señor.

Nunca daba Mons. Escrivá de Balaguer recetas prefabricadas sobre el modo de hablar con Dios. Enseñaba que la oración personal no se reduce a un modelo único: cada alma tiene su modo específico, según la propia manera de ser y las necesidades del momento: No señalo cómo ha de hacer cada uno la oración: eso es algo muy personal..., sólo os doy unas indicaciones generales; luego, cada uno sigue su camino propio, distinto del de los demás.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES



Mons. Escrivá de Balaguer rezando en el Santuario de Nuestra Señora de Luján (Argentina), el 12 de junio de 1974. A su lado, el actual Presidente General del Opus Dei, Revmo. Don Alvaro del Portillo, y Don Javier Echevarría, Secretario General de la Obra.

Sin embargo, no es raro escuchar la pregunta de algunos: ¿cómo hacer oración? El Fundador del Opus Dei nos contesta, en una homilía pronunciada el 4 de abril de 1955:

¿Cómo hacer oración? Me atrevo a asegurar, sin temor a equivocarme, que hay muchas, infinitas maneras de orar, podría decir. Pero yo quisiera para todos nosotros la auténtica oración de los hijos de Dios, no la palabrería de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús: *no todo el que repite: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos* (Matth VII, 21). Los que se mueven por la hipocresía, pueden quizá lograr el ruido de la oración —escribía San Agustín—, pero no su voz, porque allí falta la vida (2), y está ausente el afán de cumplir la Voluntad del Padre. Que nuestro clamar ¡Señor! vaya unido al deseo eficaz de convertir en realidad esas mociones interiores, que el Espíritu Santo despierta en nuestra alma.

Hemos de esforzarnos, para que de nuestra parte no quede ni sombra de doblez. El primer requisito para desterrar ese mal que el Señor condena duramente, es procurar conducirse con la disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado. Recientemente, con sinceridad, hemos de sentir —en el corazón y en la cabeza— horror al pecado grave. Y también ha de ser nuestra la actitud, hondamente arraigada, de abominar del pecado venial deliberado, de esas claudicaciones que no nos privan de la gracia divina, pero debilitan los cauces por los que nos llega.

No me he cansado nunca y, con la gracia de Dios, nunca me cansaré de hablar de oración. Hacia 1930, cuando se acercaban a mí, sacerdote joven, personas de todas las condiciones —universitarios, obreros, sanos y enfermos, ricos y pobres, sacerdotes y seglares—, que intentaban acompañar más de cerca al Señor, les aconsejaba siempre: rezad. Y si alguno me contestaba: no sé ni siquiera cómo empezar, le recomendaba que se pusiera en la presencia del Señor y le manifestase su inquietud, su ahogo, con esa misma queja; Señor, ¡que no sé! Y, tantas veces, en aquellas humildes confidencias se concretaba la intimidad con Cristo, un trato asiduo con El.

Han transcurrido muchos años, y no conozco otra receta. Si no te consideras preparado, acude a Jesús como acudían sus discípulos: *¡enséñanos a hacer oración!* (Luc XI, 1). Comprobarás cómo el Espíritu Santo ayuda a nuestra flaqueza, pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene expresarse, el mismo Espíritu Santo facilita nuestros ruegos con gemidos que son inexplicables (Rom VIII, 26), que no pueden contarse, porque no existen modos apropiados para describir su hondura.

¡Qué firmeza nos debe producir la Palabra divina! No me he inventado nada, cuando —a lo largo de mi ministerio sacerdotal— he repetido y repito incansablemente ese consejo. Está recogido de la Escritura Santa, de ahí lo he aprendido: ¡Señor, que no sé dirigirme a Tí! ¡Señor, enséñanos a orar! Y viene toda esa asistencia amorosa —luz, fuego, viento impetuoso— del Espíritu Santo, que alumbra la llama y la vuelve capaz de provocar incendios de amor.

Orar es, pues, hablar con Dios. Pero, ¿de qué? —¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio.

En dos palabras: conocerle y concertar: «¡tratarse!» (3).

(1) Cfr. *Camino*, n. 382.

(2) San Agustín, *En. in Ps.*, 139, 10.

(3) *Camino*, n. 91.

Entre los pobres y enfermos de Madrid

El 2 de Octubre de 1928, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer recibió en su alma la semilla del Opus Dei y, desde entonces, con generosidad, se entregó a la tarea que había de llenar el resto de su vida: casi cincuenta años abriendo caminos para el servicio del Señor y de su Iglesia. Alguna vez, en sus conversaciones, contó cuál fue el cimiento del edificio que, por voluntad de Dios, tenía que levantar. El 19 de Marzo de 1975, en un rato de charla con un grupo de hijos suyos, en Roma, recordaba:

«¿Qué medios puse yo? (...) Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios. ¡Qué indignación siente mi alma de sacerdote, cuando dicen ahora que los niños no deben confesarse mientras son pequeños! ¡No es verdad! Tienen que hacer su confesión personal, auricular y secreta, como los demás. ¡Y qué bien, qué alegría! Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis.

De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Mientras tanto, trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor. Había una representación de casi todo: había universitarios, obreros, pequeños empresarios, artistas...

Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para dentro sin darnos cuenta. Pero he querido deciros —algún día os lo contarán con más detalle, con documentos y papeles— que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas. Estas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor. Y formar a los primeros que venían, hablándoles con una seguridad completa de todo lo que se haría, como si ya estuviera hecho...

Y luego, Dios nos llevó por los caminos de nuestra vida interior, por los específicos. ¿Qué buscaba yo? *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!* Buscaba el poder de la Madre de Dios, como un hijo pequeño, yendo por caminos de infancia. Acudía a San José, mi Padre y mi Señor. Me interesaba verlo poderoso, poderosísimo, jefe de aquel gran clan divino, y a quien Dios mismo obedecía: *erat subditus illis!*

Acudí a la intercesión de los santos con simplicidad (...) Acudí a los Santos Angeles con confianza, con puerilidad, sin darme cuenta de que Dios me metía —vosotros no tenéis por qué imitarme, ¡viva la libertad!— por caminos de infancia espiritual.

¿Qué puede hacer una criatura que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos... Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplinas —de penitencia, de expiación—, llevando el compás».

Es difícil hoy hacerse idea de la indigencia en que vivían entonces algunos sectores periféricos de una ciudad como Madrid, que, igual que otras capitales europeas, había visto duplicarse en pocos años el número de sus habitantes. Buena parte de aquellas

800.000 almas eran inmigrantes, que poblaban, en durísimas condiciones, las nuevas barriadas del cinturón urbano, como Tetuán y Vallecas.

Por aquel tiempo, Mons. Escrivá de Balaguer, además de su trabajo fundacional del Opus Dei, era Capellán de la Obra Apostólica del Patronato de Enfermos, en la calle de Santa Engracia (hoy García Morato), cerca de la plaza de Alonso Martínez. Era una labor benéfica de las Damas Apostólicas, fundadas pocos años antes por doña Luz Rodríguez Casanova, que atendía a pobres y enfermos, procurándoles tanto el socorro material como espiritual, y la instrucción precisa para recibir los Santos Sacramentos.

Una de las primeras Damas Apostólicas ha escrito acerca de aquellos años, ya lejanos:

«Fue un gran beneficio para nosotros tener por Capellán del Patronato



Madrid. Patronato de enfermos.

a D. Josemaría. Recuerdo nuestras actividades apostólicas por los barrios extremos de Madrid; los hospitales estaban abarrotados y los enfermos morían en sus casas. Buscábamos los de mayor gravedad y menos asistencia, para ayudarles espiritual y materialmente.

Y en aquel ambiente se nos hizo imprescindible D. Josemaría. Cuidaba los actos de culto de la Casa: Misa, Exposición del Santísimo, Rosario. No tenía obligación de atender nuestra labor de caridad. Sin embargo, D. Josemaría se entregó siempre, sacrificada y desinteresadamente, al ingente número de pobres y enfermos que veía al alcance de su corazón sacerdotal. De esta manera, cuando teníamos un enfermo que se nos iba a morir lejos de la gracia, se lo confiábamos a D. Josemaría, en la seguridad de que estaría atendido. No recuerdo un solo caso en el que fracasáramos en nuestro intento.

Gran trabajador y de una actividad constante, se dedicaba a cada uno sin prisa, como si no tuviera otra cosa que hacer. Los visitaba, les llevaba la Comunión y les administraba otros Sacramentos. Para dar una idea de aquella labor asistencial en la que D. Josemaría tomaba parte tan importante, recojo, de nuestro Boletín trimestral, que en 1927 visitamos entre cuatro y cinco mil enfermos, hubo más de tres mil confesiones y se dieron otras tantas Comuniones; se administraron casi quinientas Extremaunciones y más de cien Bautismos, y hubo entre setecientos y ochocientos matrimonios.

D. Josemaría iba, además, a los colegios que teníamos en los barrios madrileños, que eran cincuenta y ocho con doce mil niños. Allí daba pláticas y charlaba amistosamente con los niños, empleando toda su simpatía personal, toda su energía de apóstol, en llevarlos al conocimiento y al amor de Jesucris-

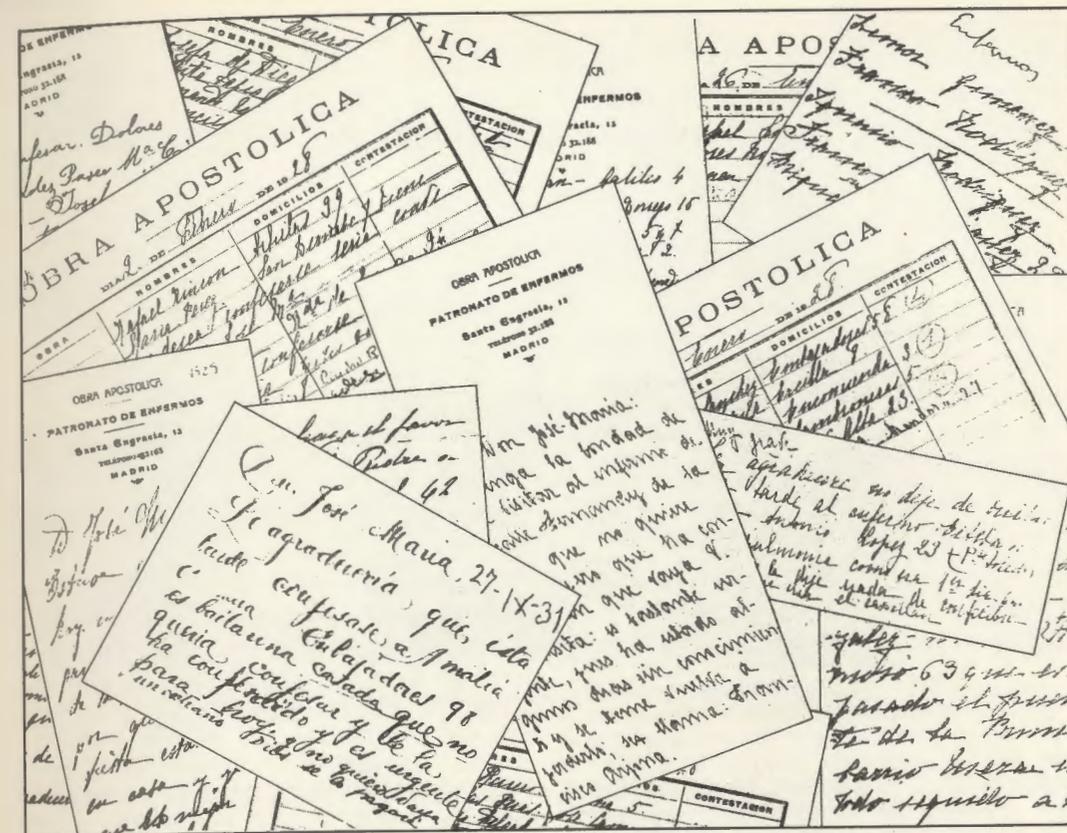
to. En nuestra casa de Santa Engracia, D. Josemaría hablaba también a los acogidos, dialogando con todos: les hablaba sencillamente de la Doctrina Cristiana, y se ocupaba de sus problemas. Era un amigo y un santo sacerdote».

El Patronato de Enfermos era, en efecto, una gran labor de beneficencia, de la que el Padre conservó siempre un recuerdo lleno de cariño.

Una de las personas que ayudaban a las Damas Apostólicas, escribe: «Don Josemaría lo mismo llevaba la Comunión a los enfermos en Tetuán de las Victorias, que en el Paseo de Extremadura, en Magín Calvo, en Vallecas, Lavapiés, San Millán, por el barrio del Lucero o la Ribera del Manzanares. También confesaba en el Patronato a los que podían ir hasta Santa Engracia. Los domingos se reunían en el Patronato los chicos de los colegios que las Damas Apostólicas tenían por las distintas barriadas. Don Josemaría los confesaba, y, varias veces al año, se organizaron primeras Comuniones. Hubo años que comulgaron por primera vez más de cuatro mil niños».

En Mayo de 1974, en una tertulia en São Paulo (Brasil), durante uno de los viajes de catequesis de sus últimos años, al responder a un médico, el Padre recordaba su labor entre los pobres y enfermos de Madrid:

«Te voy a contar una anécdota, hijo mío. Había un sacerdote joven que debía cumplir una misión... mundial. No tenía virtudes, y ahora tampoco las tiene: han pasado casi cincuenta años, cuarenta y siete... No poseía virtudes ni dinero. No tenía más que juventud, buen humor y gracia de Dios. Le gustaba mucho visitar a los enfermos pobres, y una vez se encontraba —como tantas— a la cabecera de un muchacho joven, moribundo, de ésos que a ti te



Hay cientos de notas como éstas, dirigidas a Don Josemaría, dándole noticia de personas que necesitaban de su atención. En algunas se pueden ver todavía los números que escribía, para organizar sus itinerarios por las calles de Madrid.

apenan. A mí me apenan también, pero en aquel momento le tuve envidia. Vi que aquella alma se iba derecha, purificada, al Señor y le dije: ¡te tengo envidia! Se fue muy consolado, muy contento».

Unas horas más tarde, hablando de trabajo, el Padre completó el relato:

«Es muy cómodo morirse (...) La única vez en que lo he deseado por unos momentos fue a la cabecera de aquel moribundo, siendo yo sacerdote joven. Le tuve envidia. Dije: ¡éste se va al Cielo! Además pensé que esas palabras le consolaban, como le consolaron efectivamente. El Señor me premió, porque fui haciendo oración desde allí abajo —aquello era un descampado—

subiendo hasta Atocha y andando después hasta Santa Engracia, por la plaza de Alonso Martínez».

En otros números de esta Hoja informativa nos ocuparemos de la labor sacerdotal de Mons. Escrivá de Balaguer en los hospitales de Madrid, a la que también se dedicó con especial intensidad durante aquellos años.

Bien se puede pensar que el Fundador del Opus Dei reflejaba una viva experiencia personal, al escribir en el punto 419 de Camino:

«—Niño.—Enfermo.—Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?»

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son El».

Bajo su impulso espiritual

Con su heroica fidelidad a la Voluntad divina, con oración y mortificación incesantes, y poniendo en su empeño un trabajo lleno de esperanza, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer inspiró y dirigió, durante 47 años, el desarrollo apostólico del Opus Dei en todo el mundo.

La tarea principal de la Obra es la formación de sus socios para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en el mundo y en la sociedad.

...el apostolado esencial del Opus Dei —en palabras de su Fundador— es el que desarrolla individualmente cada socio en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil de traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, callada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días. (Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 71.)

Sin embargo, tal como él mismo respondía a la pregunta de un periodista: **Además, el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no están asociadas a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual. Son centros educativos, asistenciales, de promoción y capacitación profesional, etcétera. (Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 84.)**

Iremos reseñando aquí, con forzada brevedad, algunas de las muchas obras apostólicas que, con diversas características, según las necesidades del lugar o del momento, han nacido bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei.

SEIDO GAIKOKUGO KENKYUSHO Ashiya (Japón)

Pocas horas antes de que el Señor lo llamase a su lado, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer estuvo reunido con un grupo de asociadas de la Obra de varias nacionalidades. En aquella tertulia, que sería la última de su vida, se dirigió a Michito, una chica japonesa, con estas palabras:

«Dios Nuestro Señor te ha dado, con el Bautismo, el sentido de la Iglesia. Reza por los de tu tierra, porque es un



Trabajo en el laboratorio de idiomas de SEIDO.



Roma, marzo de 1970. Mons. Escrivá de Balaguer con un grupo de japonesas del Opus Dei.

pueblo muy grande, para que conozcan a Jesucristo, y le amen, y le sirvan. Ya sabéis que ahora tus hermanas de Japón están preparando un colegio en Nagasaki. Hay que rezar para que las dificultades desaparezcan, para que puedan comenzar cuanto antes a trabajar allí...».

Diecisiete años antes, por consejo de un Cardenal de la Curia Romana, el Obispo de Osaka pedía al Fundador del Opus Dei que la Asociación comenzara su trabajo en tierra japonesa. Como consecuencia, Mons. Escrivá de Balaguer envió a Japón un sacerdote del Opus Dei, para preparar el comienzo de la labor apostólica en ese país. En los años siguientes llegaron otros socios de la Obra desde Estados Unidos, Irlanda y España. El 15 de julio de 1960, desembarcaban en Kobe las primeras mujeres del Opus Dei que pisaban tierra japonesa.

El primer objetivo de aquellos pequeños grupos de personas de la Obra era ponerse en contacto con la sociedad japonesa, conocer a la gente, hacer amistades. Hallaron una oportunidad en el vertiginoso desarrollo económico y cultural, que se había iniciado después de la guerra mundial. Los japoneses sentían

vivamente la necesidad de dominar alguna lengua occidental, principalmente el inglés.

De ahí nació SEIDO LANGUAGE INSTITUTE o SEIDO GAIKOKUGO KENKYUSHO, como se dice en japonés, que fue la primera obra corporativa del Opus Dei en aquel país.

SEIDO está en Ashiya, una pequeña ciudad situada entre los dos enormes núcleos urbanos de Osaka y Kobe, que con más de quince ciudades satélites, albergan una población cercana a los ocho millones de habitantes y casi veinte universidades.

El primer local de SEIDO fue una casa típicamente japonesa: estructura de madera, suelos de *tatami* y puertas corredizas de madera y papel decorado. El Oratorio ocupaba una sencilla habitación, digna y recogida; el Sagrario y algunos vasos sagrados eran regalo de Mons. Escrivá de Balaguer, que, al enviarlos, unía el amor a la Eucaristía con su afecto por aquella gran nación del Extremo Oriente.

Esta sede fue pronto insuficiente y, en 1962, la enseñanza de idiomas era trasladada a un edificio más adecuado, construido de nueva planta.



Ceremonia del Bautismo de un alumno. Administra el Sacramento Don Soichiro Nitta, uno de los primeros socios japoneses del Opus Dei que han sido ordenados sacerdotes.

«Os sigo con cariño —les escribía el Padre— y os encomiendo siempre. ¡Qué alegría ver esas conversiones, y las demás que se presienten!».

Dios bendecía la oración y el sacrificio. Personas de toda condición se acercaban a la fe cristiana desde muy lejos. El primer japonés de la Obra —y que más tarde sería sacerdote— se había convertido a la fe en SEIDO, atraído en un principio por los valores humanos que allí encontró. El Señor le daría la fe y la vocación al Opus Dei: **«Al hijo mío primogénito lo quiero mucho** —le decía Mons. Escrivá de Balaguer, en 1968, en Roma—; **está de modo especial en el corazón del Padre. No es que los otros japoneses no lo estén, ¡pero el primogénito, es el primogénito!. Dios se ha volcado contigo, con su gracia; Jesús es tu hermano, tu Dios. Los que te tratan eran unos extranjeros... una religión extranjera; ¡pero la Gracia de Dios!... ¡Cuánto le debes a Dios y cuánto le quieres, y cuánto te quiere El! ¡Dios te bendiga!».**

En 1973, el número de alumnos de SEIDO pasó de mil doscientos y SEIDO tuvo que trasladarse a su actual sede en la que, además de la Escuela de Idiomas, se estableció el SEIDO CULTURAL CENTER, con actividades directamente apostólicas: clases de introducción a la Sagrada Escritura —la Biblia en el Japón es un *best seller*—; retiros espirituales a los que también asisten no católicos; clases de catecismo, aten-

ción sacerdotal...

Simultáneamente se han creado otros centros semejantes, dando lugar al SEIDO SYSTEM SCHOOLS, que además provee de material didáctico para la enseñanza de idiomas a más de cincuenta centros universitarios.

En Kioto nació el YOSHIDA GAKUSEI SENTA y la Sección de mujeres del Opus Dei abrió SHIMOGAMO ACADEMY, también en Kioto, y OHARA BUNKA SENTA en Ashiya.

El Fundador del Opus Dei siguió siempre con solicitud una labor que había nacido *bajo su impulso espiritual*. Enviaba frecuentes sugerencias e iniciativas que, durante años, dieron ánimo y dirección a ese trabajo apostólico que comenzó con un encargo de Mons. Escrivá de Balaguer al primer socio del Opus Dei que viajó al Japón, recordando las primeras comunidades cristianas en el Extremo Oriente: **«Cuando llegues a Nagasaki, besa en mi nombre aquella tierra donde ha habido tantos mártires».**

Ahora ya se ha visto realizado el deseo que expresaba a aquella hija suya japonesa, en su última tertulia. Efectivamente, en octubre de 1975 se inauguró el Centro NAGASAKI SEIDO y, en abril de 1978, comenzará a funcionar un colegio femenino, concretamente aquel al que se refería Mons. Escrivá de Balaguer en la mañana del 26 de junio de 1975. Otro colegio de chicos está promoviéndose, en esta ciudad de la isla de Kyushu.

Nos escriben

DEJO LA SILLA DE RUEDAS

En junio de 1974, M. L. fue operada de un melanoma abdominal. En diciembre se manifestó nuevamente la enfermedad, y tuvo que ser sometida a otra intervención quirúrgica. Unos meses después, en la madrugada del 18 de julio de 1975, se despertó y se dio cuenta de que estaba paralítica. Reaccionó con mucha paz: rezó y esperó a que amaneciera.

Los médicos que la atendieron diagnosticaron un tumor en la columna, e indicaron que fuera operada antes de veinticuatro horas. Después de la operación, continuó sin movimiento en las piernas y fue sometida, durante cinco meses, a un tratamiento fisioterápico sin resultado positivo, por lo que M. L. se quedó ya siempre en una silla de ruedas.

Algún tiempo después, estando en São Paulo, le hablaron de la vida santa de Mons. Escrivá de Balaguer y le dieron una estampa con la oración para la devoción privada. Comenzó a rezarla, convencida de que le escucharía.

A los diez o doce días, iba a regresar a Río de Janeiro y, cuando llegó con la silla de ruedas al pie de la escalerilla del avión, cuenta M. L. que sintió como una moción interior que le impelía a caminar. Así que, con decisión, dijo al comisario de a bordo, que trataba de preparar su subida al avión: «Voy a subir por mi propio pie»; y, levantándose, apoyada al pasamanos de la escalerilla, fue subiendo poco a poco hasta el avión. Una semana después ya había recobrado la soltura de movimientos, y ahora anda normalmente.

El médico que la había operado de la columna se mostró profundamente impresionado al encontrarla un día, por casualidad, en el hospital. Le costaba creer que era verdad lo que veía.

P. B., de São Paulo (Brasil)

DESAPARECIO LA FIEBRE

M. R. cayó enferma y, al cabo de pocos días, fue internada en un hospital. Una noche la temperatura de la muchacha subió, repentinamente, muy alta, acompañada de un lacerante dolor de cabeza. La situación era tan grave que todos pensaron que iba a fallecer; su enfermedad no había sido diagnosticada todavía. En ese momento crítico, su tía se acordó de la estampa con la oración para la devoción privada a Mons. Escrivá de Balaguer, que tenía en su bolso, la tomó y la puso entre las manos de la chica, mientras le pedía que repitiera con ella las palabras del Avemaría. Tres minutos después bajaba la temperatura y cedía el dolor de cabeza, hasta desaparecer.

Más tarde, la enfermedad fue diagnosticada como meningitis. Hace pocos días, M. R. ha dejado el hospital. Durante todo ese tiempo estuvo la estampa bajo su almohada.

I. M., de Londres (Inglaterra)

25 TONELADAS

Mi esposo se encontraba lavando un camión de 9 toneladas, cargado con manteca de cerdo, al lado de nuestra casa, ubicada en el barrio Buenos Aires, al oriente de Medellín, en una pendiente bastante empinada. Cuando mi esposo se disponía a llevar el camión hacia el garage, y después de haberlo encendido, el carro comenzó a rodar sin control por la pendiente. Debido al peso —9 toneladas en vacío y 16 de carga; en total, 25—, era imposible detenerlo en ese momento, por medios mecánicos o de otra índole. Mi esposo trataba de controlarlo, utilizando la caja de cambios, pero era inútil.

Al observar todo esto, mi preocupación fue inmensa; pero, en vez de salir a la calle, entré en mi habitación con mucha prisa, en busca de la estampa del Padre y le dije: «Padre, salvadlo, que es tu hijo; y vos mismo, hace poco, le diste ese trabajo, después de oír nuestras súplicas de un empleo para él». Yo le recé, como siempre lo hago, con una fe y un fervor muy grandes.

Luego de pasados treinta segundos, se aglomeraron todos los vecinos en la puerta de mi casa para contarme, llenos de una emoción y un pasmo inmensos, que a mi esposo no le había sucedido nada y que tampoco había causado daño alguno a personas, carros o casas. Repetían que no se explicaban cómo en un determinado momento el camión frenó su rodada por la pendiente, en forma instantánea. Me preguntaron por qué yo no había salido para ver lo que le iba a suceder, al final del percance; pero les respondí que primero fui a pedirle al Padre, que fuera él quien en ese momento condujera el camión, para que no sucediera nada.

Esa noche tuve que repartir varias estampas del Padre, ya que mis vecinos sostenían que eso fue un milagro, pues un carro tan pesado, podía haber causado una catástrofe.

Después de ocurrido todo, un mecánico revisó el carro y comprobó que se le había reventado el cardan; al estropearse esa pieza, dejan de funcionar los frenos de aire y aun el freno de motor, que poseen dichos vehículos.

E. M. A., de Medellín (Colombia)

SE FUE EL DOLOR

Mi madre ha padecido durante muchos años intensos dolores producidos por una hernia en la columna vertebral. Hace poco más de un año la operaron, uniendo dos vértebras en la zona lumbar, con el injerto de un trozo de hueso de una pierna.

Había permanecido asintomática desde esa intervención, hasta que reaparecieron los dolores en forma progresiva, hace un par de meses. Decidió guardar cama, sin examen médico alguno. Pero su situación comenzó a agudizarse, hasta el punto que no podía moverse tan siquiera para darse la vuelta o levantarse el mínimo indispensable. Fue entonces cuando me empecé a preocupar seriamente, incluso pensando en la presencia de una posible tumoración maligna, como probable etiología. En medio de la congoja que esto me producía, atiné a sugerirle que se

encomendase al Padre, y que le ofreciera sus dolores por aquella intención que él quisiera. Le hice llegar una estampa con la oración para la devoción privada.

El resultado fue algo extraordinario, pues nada más comenzar a rezarle al Padre, ese mismo día pudo levantarse hacia la tarde, distrayéndose un rato en preparar la comida. Al día siguiente ya se levantó temprano y, hasta el día de hoy, desarrolla una vida absolutamente normal.

E. B. M., de Santiago de Chile (Chile)

DESDE LA TUMBA DEL PADRE

Mi padre es una persona llena de virtudes pero, aunque está bautizado, no prestaba interés a las prácticas religiosas. Tuve ocasión de visitar la cripta donde está enterrado Mons. Escrivá de Balaguer. Le recé intensamente por la conversión de mi padre. Era mediodía. Como en Filipinas estamos siete horas adelantados con relación a Europa, serían allí cerca de las siete de la tarde cuando pedí esta gracia. A eso de las nueve de la noche, mi padre sorprendió a mi madre al preguntarle si habría Misa al día siguiente, Jueves Santo. Fueron juntos a Misa ese día, y a los Oficios de Viernes Santo.

Ahora mi padre está tomando en serio sus deberes religiosos.

X. X., de Manila (Filipinas)

INESPERADA RECUPERACION

Mi hermano se rompió una vértebra del cuello. Pronto se pudo comprobar que no era capaz de mover ningún miembro y que había perdido toda sensibilidad corporal. Una curación completa parecía imposible. Muchos amigos y conocidos empezaron a acudir a la intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer. Algunas de estas personas hicieron un viaje a Roma, y pudieron rezar por él ante la tumba del Fundador del Opus Dei. Tras una serie de inesperados progresos en su enfermedad, se le ha considerado totalmente restablecido, física y mentalmente. Para mí esto es como un milagro.

M. D., de Colonia (Alemania)

VOLVIO ESPONTANEAMENTE

Fuertemente angustiada por las condiciones psíquicas de mi hijo, que se había escapado del hospital en que estaba internado, acudí a María Santísima y recé con fe viva la oración a Mons. Escrivá de Balaguer: eran las tres de la tarde. A las tres y diez, un hermano mío, que nada sabía de todo lo anterior, telefonó al hospital para interesarse por mi hijo, y recibió la inesperada noticia de que cinco minutos antes había regresado por sí mismo. Estoy rezando el Rosario en acción de gracias, y continuaré la novena a Mons. Escrivá de Balaguer.

X. X., de Milán (Italia)

Por un favor señalado en mi vida espiritual, que obtuve mediante la intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer, envió una limosna para la publicación de su Hoja informativa.

R. C., de Madrid (España)

Petición a Mons. Escrivá de Balaguer: «que el número de auténticas vocaciones religiosas aumenten en mi Congregación, para atender tantas parroquias que nos necesitan». Gracia concedida: «han ingresado treinta jóvenes excelentes y siguen ingresando más. ¡Alabado sea Dios!»

M. N., de Arequipa (Perú)

Mi padre estaba dispuesto a cortar su relación con la familia. Con ello, la situación de mi madre y de sus seis hijos resultaba extremadamente angustiosa. Empezamos, mi madre y yo, a encomendar el asunto a Mons. Escrivá de Balaguer. A los pocos días mi padre reaccionó favorablemente.

X. X., de Maracaibo (Venezuela)

Durante siete años no había recibido los Sacramentos. Después de rezar la oración a Mons. Escrivá de Balaguer, me he confesado y, desde entonces, lo hago regularmente.

X. X., de Ibadán (Nigeria)

Mi marido estuvo bastante tiempo sin trabajo. Encomendé el asunto a Mons. Escrivá de Balaguer, y ha obtenido providencialmente un empleo. Agradecida, les mando una ayuda económica para sus obras de apostolado.

M. S., de Chicago (U. S. A.)

Hice una novena a Mons. Escrivá de Balaguer, pidiendo por un hijo mío, sacerdote, que parecía desviarse de su camino. Al cuarto día de la novena, me llamó para decirme que había cambiado completamente, y que deseaba ser muy fiel. Sigue en ese cambio tan grato. Que sea glorificado Monseñor.

X.X., de Dublín (Irlanda)

Mi esposo tenía 37 años de no confesarse y mi hijo 18. Le pedí a Mons. Escrivá de Balaguer su intercesión, con todo mi corazón, y los dos accedieron con todo gusto, habiendo recibido al Señor devotamente.

X. X., de Guatemala (Guatemala)

En un matrimonio surgió un problema muy grave, después de 25 años de casados, que los llevaba a la separación judicial. Se recurrió al Padre y, milagrosamente, el marido se volvió atrás de su decisión y fue posible la reconciliación.

A. A., de Oporto (Portugal)

Entregué a mi tía, que no se acercaba a los Sacramentos, una estampa de Mons. Escrivá de Balaguer. Algún tiempo más tarde me comentó: «¿Te enteraste del milagro que hizo el Padre? El sábado pasado me confesé y comulgué, después de cuarenta y ocho años».

X. X., de Montevideo (Uruguay)

Un amigo muy querido llevaba una vida como la de San Agustín antes de su conversión. Pedí por él al Padre. Ha cambiado tanto de vida que se ha casado por la Iglesia, y hace apostolado.

J. P. de C., de París (Francia)

Estábamos muy preocupados, mi familia y yo, con un problema que no nos dejaba ni dormir. Un pariente nos entregó una estampa con la oración a Mons. Escrivá de Balaguer. Rezamos una novena, y otra... y otra. Casi

perdidas las esperanzas, nos dijo ese pariente que el 9 de enero, cumpleaños de Monseñor, le pidiéramos un regalo. Al día siguiente, el 10, recibimos su obsequio, con la solución del problema. Envío un donativo, y mi recomendación a todas las personas necesitadas para que acudan en busca de su protección.

A. G., de Quito (Ecuador)

Una de mis hermanas había sufrido ya tres operaciones de columna. El médico nos había advertido que no resistiría otra operación y que, si recaía, podía acabar sus días en una silla de ruedas. Hace poco, notamos que empezaba de nuevo a dolerle la espalda y que no era capaz ni de sentarse en una silla normal. Inmediatamente comenzamos toda la familia una novena a Mons. Escrivá de Balaguer. El último día de la novena, mi hermana nos comunicó que ya no tenía ningún dolor y que se sentía curada. Desde entonces hemos estado repartiendo muchas estampas, para que también otras personas acudan a la intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer.

X. X., de Montreal (Canadá)

Un grupo de chicas tratábamos de ayudar a las niñas católicas de un colegio, pero la Directora, que se opone directamente a la Iglesia Católica, ponía muchos obstáculos: no les dejaba tiempo para ir a confesarse, dispuso que la hora de la cena fuera unos minutos antes de la Misa, etc. Pedí a Mons. Escrivá de Balaguer que interviniese. Ya ha consentido la Directora en un cambio de horario para que puedan asistir a Misa los domingos por la mañana, y les ha dado tiempo para confesarse.

U. O., de Nairobi (Kenya)

Mi marido llevaba años apartado de la fe. Durante todo este tiempo he rezado por él. Comencé últimamente una novena a Mons. Escrivá de Balaguer. El domingo pasado, me dijo de repente: «Te voy a acompañar a Misa». Es como un milagro.

X. X., de Zürich (Suiza)

En el año de 1975, fecha en que mi esposo quedó sin trabajo, por varios meses, cuando lo veíamos todo muy complicado y sin salida, empecé la novena a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, y un día después de haberla terminado le fue ofrecido un trabajo.

En el presente año, mi esposo quedó nuevamente sin trabajo, empecé la novena otra vez, llena de fe, pues sabía que el Señor, a través de la Virgen Santísima y Mons. Escrivá de Balaguer, oiría mi ruego. Cuando las cosas parecían definitivamente malas, le han ofrecido a mi esposo un buen trabajo, fuera de México, como lo deseábamos.

M. V. de R., de México D. F. (México)

Casi todos los fieles de la parroquia de Momoyama han recibido la Hoja informativa. Una señora que, junto con su familia, no acudía a la iglesia desde hace tiempo, se sintió movida, por una serie de coincidencias, a leer toda la Hoja. Al domingo siguiente, apareció con su familia en la iglesia, deseando volver a los Sacramentos. El párroco no sale de su asombro.

L. L. de Kioto (Japón)

Agradecemos las numerosísimas cartas que nos llegan. Son testimonio de la devoción privada con que tantas personas, en todo el mundo, rezan a Dios Nuestro Señor, poniendo por intercesor a Mons. Escrivá de Balaguer. Aquí reproducimos solamente, por exigencias de espacio, párrafos de algunas, que refieren sucesos importantes o anécdotas sencillas.

También agradecemos —ante la imposibilidad de hacerlo nominalmente— las limosnas que nos mandan para colaborar en los gastos de edición y distribución de esta Hoja informativa, y para ayudar al desarrollo de las obras apostólicas promovidas por el amor a las almas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

OBRAS PUBLICADAS DE MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER

Camino

«Monseñor Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan directamente también los breves párrafos que, como verso desgranado pero completo, forman el CAMINO..., en el que no aparece la rigidez suspicaz de un «código», sino, al contrario, la fraterna y ardiente indulgencia del Autor, la paterna solicitud con que ve, comprende, corrige, persuadiendo y no amenazando» (De «L'Osservatore Romano», 24-III-1950).

La primera edición de este libro se publicó en febrero de 1934 (Cuenca, Imprenta Moderna), con el título de **Consideraciones Espirituales**. Desde entonces, las ediciones se han ido multiplicando cada vez más rápidamente, alcanzando, en abril de 1977, el número de 138 ediciones, en 34 idiomas y 2.637.075 ejemplares.

Santo Rosario

Libro de meditaciones sobre cada uno de los 15 misterios de la vida de Cristo y de la Virgen que se contemplan al rezar el Santo Rosario.

La primera edición se publicó también en 1934. Desde entonces, han aparecido 40 ediciones en 10 idiomas.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer

Varias revistas y periódicos dirigieron preguntas concretas a Mons. Escrivá de Balaguer, afrontando los temas de mayor importancia para los respectivos lectores. Monseñor Escrivá de Balaguer contestó, por escrito y exhaustivamente, a las preguntas que se le habían formulado. En este libro se recoge el texto completo de aquellas entrevistas.

La primera edición se publicó en 1968. Desde entonces, se han publicado 27 ediciones en 7 idiomas.

Es Cristo que pasa

El libro recoge algunas de las muchas homilias pronunciadas por Mons. Escrivá de Balaguer a lo largo de su vida. Constituyen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y la vida cristianas. En la forma se aúnan la profundidad teológica y la claridad expositiva.

La primera edición de este libro se publicó en marzo de 1973. Hasta abril de 1977 han aparecido ya 26 ediciones en 6 idiomas.

La Abadesa de las Huelgas

Una investigación penetrante sobre un caso extraordinario de jurisdicción cuasi-episcopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés, realizada a partir de las fuentes y documentos originales.

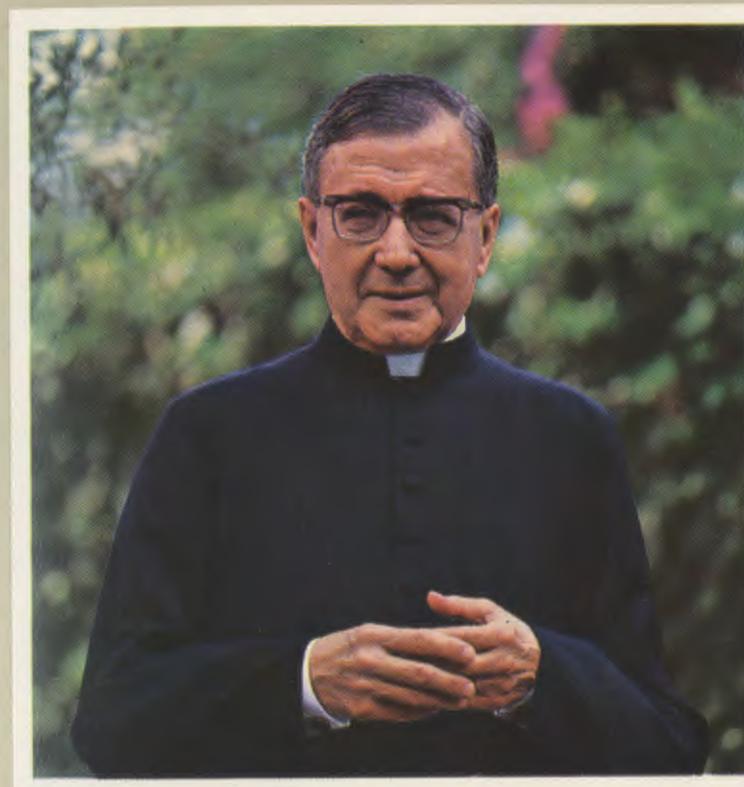
La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974.

(Pedidos en librerías.)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

DE VENTA
EN LIBRERIAS

SALVADOR
BERNAL



MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Apuntes sobre la vida del Fundador
del OPUS DEI

RIALP